

El orden de los factores

Tras el 3-M, con el triunfo del PP, se abrían una serie de interrogantes que, a medida que el tiempo pasa -y aún no ha pasado en exceso-, se concretan en respuestas claramente negativas para el sector público en su conjunto y para todas las personas que en él desarrollamos nuestra labor profesional.

Es el primer inicio de curso al que se presenta el gobierno conservador en su mandato, y el resultado es francamente desastroso.

Para empezar, la negociación sectorial, pura y llanamente, no ha existido. Las organizaciones sindicales han sido poco más que unas siglas en las agendas que contenían las necesarias actividades de protocolo inicial. Y decimos poco más, porque también se han acordado de nosotros para pedirnos comprensión para una política errática y errada. Y herrada, además, con el duro martillo del Sr. Rato a quien, con franciscana obediencia, se ha plegado el MEC. Y nos han querido engañar con las buenas razones de la importancia de la educación y de la mejora necesaria de la calidad, mientras esas obras que son amores obligan a aumentar las ratios, apretar los horarios o disminuir el número de profesores. Al mismo tiempo que se olvidan de los trabajadores de la Enseñanza Privada, ni se plantean qué van a hacer con la insuficiente plantilla de Laborales y andan a trompicones por una Enseñanza Universitaria cada vez más constituida en reinos de Taifas. Junto a ello, no les importan todas aquellas cuestiones que sirven para homologar la enseñanza independientemente de las distintas y variopintas ubicaciones y los diversos orígenes sociales y culturales...

Y a los trabajadores nos dejan con el ceño más fruncido, la impotencia más consciente y la sensación de que algo hemos tenido que hacer mal, porque algo irremediablemente falla.

También son los primeros Presupuestos Generales del Estado del PP. Aún no conocemos al detalle el desglose de los mismos, pero lo que hemos podido saber nos preocupa y nos cabrea. Así de claro. Nos preocupa, porque de hecho, con los números, se ponen en tela de juicio los pilares del Estado del Bienestar: educación, pensiones y sanidad. Y nos cabrea, porque de nuevo -y en esta ocasión contra acuerdos ya firmados- los empleados públicos vamos a pagar el pato de una política económica con la que el Sr. Rato se convierte en herrero y herrador universal.

Si no somos capaces de torcer la decisión del Gobierno, al análisis de nuestras retribuciones del año que viene sólo tendremos que sumarle la cifra de inflación y sabremos lo que aumenta nuestra pérdida. Eso es dar facilidades.

Después de favorecer a las rentas del capital, disminuyendo los ingresos de las arcas del Estado, ahora, los empleados y empleadas de las administraciones hemos de rellenar ese hueco para que salgan las cuentas. Tan claro como las cuatro reglas. Sólo que aquí el orden de los factores sí que altera el producto.